

Maldito por excelencia de nuestra literatura, **Alejandro Sawa** es autor de algunas de las novelas esenciales del naturalismo español, como esta 'Noche' de inspiración zolaniana

## El catálogo de barbaridades del capitán de los bohemios

por **JUAN BONILLA**

Sawa tuvo la desgracia de ser convertido en grandísimo personaje de nuestra literatura por Valle-Inclán (y por un poema memorable de Manuel Machado: «Jamás hombre más nacido/ para el placer, fue al dolor/ más derecho./Jamás ninguno ha caído/ con fama de vencedor/ tan deshecho»).

Hasta en BUP oíamos hablar de él no como escritor sino como protagonista de *Luces de Bohemia*, lo que anulaba cualquier interés por asomarse a las aguas de su propia obra. No sé si habrá más casos como el suyo en los que una obra de ficción de un solo golpe ensalza una figura y jibariza su obra verdadera. Se me ocurre que quizá *Soldados de Salamina* con Sánchez Mazas, aunque ahí Sánchez Mazas sale con su propio nombre y puede que la novela de Cercas ayudara a que algunos de sus lectores sintiera curiosidad por el personaje y acabara refrescándose en la prosa espléndida de las *Memorias de Tarín* o la *Vida de Pedrito de Andía*, no sé.

Lo cierto es que Alejandro Sawa (1862-1909), a pesar de haber firmado algunas de las novelas esenciales de nuestro naturalismo, sigue enclaustrado en el círculo de los malditos, donde tiene plaza fija al menos —quiero decir, que parece que no descenderá al círculo de los olvidados, un círculo siempre

en expansión—. Se le reedita de vez en cuando, tanto su gran obra, el dietario *Iluminaciones en la sombra*, como alguna de sus novelas, *La mujer de todo el mundo*, *Crimen legal*...

Ahora aparece *Noche*, en una edición elegante y muy cuidada que le procura a Sawa una nueva ocasión de alcanzar la actualidad. Los lectores podrán zambullirse en una novela que en su momento retrataba el presente en el que aparecía y ahora puede considerarse novela histórica. No hay quien como Sawa retrate miserias, mezquindades, el aire de podredumbre de una España sórdida y degradada, aquí representada en una familia que sirve de cauce para que comparezcan en cabalgata imparable todo tipo de personajes: despreciables sacerdotes y maridos engañados, pasiones criminales y amantes de belleza que todo lo justifican, tertulias donde se arregla el mundo y burdeles donde el mundo no tiene arreglo.

El retrato de esa España oscura, miserable, sin asomo de heroísmo ni piedad, no puede ser más brutal. Se la consideró inmoral en su tiempo, y dado que lo que se imponía entonces, como ahora, más que una moral era una cansina moralina hecha de dogmas fétidos, no le podía caber más honor a Sawa y su novela que merecer ese calificativo. Inmoral por presentar con lujo de detalles y poca in-



**ALEJANDRO SAWA**  
**NOCHE**  
Amarillo Editora.  
240 páginas. 17 €

**EL BESO DE VICTOR HUGO**  
"Emperador de la barba florida" llamó Sawa a un Victor Hugo al que conoció en un viaje a París. Un encuentro que generaría una incómoda leyenda cuando un maledicente periodista afirmó que el maestro besó a Sawa y se burló luego de su falta de higiene, ya que el español no se habría vuelto a lavar con el objeto de conservar intacto en su cara el vestigio de los labios del genio de las letras francesas. Algo que Sawa trató de desmentir sin éxito durante años

tervención de las invenciones, la realidad que fluía por debajo de las apariencias de misa, mantillas, procesiones y hambre.

Toda la novela, escrita con excelente ritmo, está llena de poco delicadas perversiones (es palabra que se emplea mucho en la propia novela): los hijos de la familia que se estudia en *Noche* cargarán cada cual con su drama, desde la primogénita Lola, que vive en un ambiente enclaustrado —de la iglesia a la casa, de la casa a la iglesia hasta que conoce en una tertulia a un joven con el que se fuga—, a la bellísima Julia —«una belleza que emanaba perversión»— que degrada a uno de sus amantes hasta llevarlo al crimen de su competidor, pasando por el hijo ideal de la familia que mostrará su carácter cuando su propio padre acuda a él en busca de ayuda y se encuentre con un taxativo: yo a usted no lo conozco de nada.

Nadie piense que he hecho spoiler. Me he limitado a unos brochazos al tuntún de algunas de las muchas cosas terribles que aquí se cuentan. Parece evidente que Sawa —que pensaba escribir una continuación titulada *Alborada*— quería hacer denuncia de una realidad que la literatura debía presentar con la misma nitidez que tiene un prospecto farmacológico con respecto al medicamento que describe. No en vano la sombra tutelar en la novela es la de Zola, de tanta influencia en nuestro fin de siglo y cuya aspiración confesada era conseguir que la novela se acercara todo lo posible al tratado científico.

En este caso Sawa quiso estudiar el peso sobre cualquier destino que tiene la genealogía y el ambiente en que se cría cada individuo y las repercusiones que en los otros tienen las decisiones que cada cual tome. Más allá de la tesis que debió estar en el origen de la novela, importa señalar que siglo y pico después de publicada se lee más o menos como se debió leer entonces: cerrándola a menudo para decir qué barbaridad y abriéndola en seguida para zambullirse en la barbaridad siguiente. **L**